

te originales. Los adversarios, separados por un elevado terraplén y distantes solo algunos metros unos de otros, no sospechaban en modo alguno su presencia recíproca en tales lugares. Los cosacos pudieron por consiguiente pasar de la columna de viaje á la



Oficial chino vistiendo el nuevo uniforme



Soldado chino, con el uniforme antiguo

formación de ataque á las barbas del enemigo y cargarle de improviso. Además, las lanzas de los cosacos siberianos, que acababan de llegar al ejército de la Mandchuria, eran absolutamente desconocidas por parte de los japoneses; la vista de esa arma extraordinaria los llenó de asombro, é ignorando

la manera de defenderse contra ella no supieron qué hacer.

»Los resultados del combate son igualmente sugestivos: en cuatro minutos, un escuadrón japonés fué totalmente aniquilado; pertenecía al regimiento número 13.

»Las descargas más mortíferas no producen en la caballería un efecto comparable al causado en los japoneses por las lanzas. Los jinetes más avanzados que corrían en persecución de nuestros exploradores en retirada, fueron instantáneamente destrozados por el huracán que cayó sobre ellos; el res-

to del escuadrón se desordenó. En este momento, de en medio de los jinetes enemigos salió al galope un oficial japonés montando un alazán, y se arrojó adelante profiriendo injurias en *lengua rusa*. Supimos más tarde que era el capitán Ta-na-ka, que sirvió en otro tiempo en el ejército ruso. Unos treinta jinetes japoneses siguieron á su bravo jefe, pero todos fueron desarzonados y traspasados por las lanzas.

»El oficial japonés, defendido por sus soldados, consiguió llegar cerca de Ribasof, al cual asestó un terrible sablazo, que este último pudo esquivar echándose instintivamente hacia adelante y cogiendo por las riendas el caballo de su contrincante, de tal suerte que las cabezas de los dos caballos quedaron á la misma altura; después, irguiéndose, Ribasof hirió de un sablazo al japonés, junto al hombro izquierdo; en el semblante del oficial se reflejó el espanto mezclado con el sufrimiento: llevó su mano izquierda á la herida, se inclinó sobre la silla y rodó por tierra.

»Desde el primer momento, el desenlace del combate cuerpo á cuerpo no ofreció duda. Los cosacos armados de lanzas se metieron entre las masas enemigas, mientras que los armados de sable caían sobre los fugitivos. Los jinetes japoneses, aterrizados, agitaban los brazos, como niños, procurando evitar las lanzadas.

»Ribasof, viendo que más adelante se destacaba la robusta silueta de Golotshapof, quien descargaba sablazos á derecha é izquierda, se lanzó en aquella dirección; de pronto, un objeto desconocido tropezó con su gorra, que cayó al suelo; saltó á tierra, se cubrió de nuevo, y montó á caballo para continuar su camino. En este momento, un cosaco que iba en sentido contrario se detuvo junto á él.

—»Vuestra nobleza—dijo á Ribasof—es preciso dar media vuelta..... infantería.

—»¡Cómo! ¿volver riendas?—exclamó el alférez.—¡Adelante, hijos míos!

—»Infantería, vuestra nobleza—repitió el cosaco, indicando con el trozo de lanza rota que conservaba en la mano, la dirección del enemigo. Diciendo estas palabras, el cosaco se inclinó como si quisiera mirar algo, apretando siempre en su mano la lanza rota, cuyo extremo apoyaba en el suelo.

»Ribasof oyó el ruido de los disparos y vió unos veinte jinetes japoneses que huían á la desbandada. Una densa línea de infantes enemigos avanzaba al paso ligero. Por segunda vez Ribasof sintió un pequeño choque sobre su casquete; se lo quitó y advirtió que dos balas lo habían perforado.

»No viendo á ninguno de sus soldados por allí, el alférez hizo dar media vuelta á su caballo. El cosaco, herido mientras hablaba con él, yacía en tierra, y su caballo, también herido, se alejaba á medio galope en la dirección del terraplén. A pocos pasos,

un cosaco barbudo hacía marchar delante de él, silbando con fuerza, unos diez caballos de gran alzada, pero muy flacos, con los cubre mantas rojos: eran caballos japoneses. Una voz atrajo la atención de Ribasof:

—»Vuestra nobleza... ¡salvadme!—Esta voz demostraba un agudo sufrimiento. Ribasof volvió su caballo á la izquierda y descubrió, tendido en tierra y retorciéndose bajo la acción del dolor, al capitán Velikánof; su caballo, muerto, había caído sobre el capitán, cogiéndole debajo una pierna. Ribasof saltó de la silla y consiguió poner en libertad la pierna del herido; en aquel momento llegó al galope el soldado Matuzenko, llevando de las riendas un caballo japonés. Ribasof y este cosaco pusieron al capitán á caballo, y se alejaron al trote, sosteniendo al herido en medio.

—»Vuestra nobleza—dijo con voz entrecortada y desfallecida el capitán—voy á morir y en el otro mundo rogaré por vos... gracias vuestra nobleza.

»Cuando el alférez miró detrás de él por última vez, distinguió varios jinetes japoneses que se acercaban al galope, y vió que uno de ellos remataba de un sablazo á un cosaco herido.

»Todo el terreno del combate estaba lleno, en una extensión de quinientos pasos, de cadáveres de hombres y caballos. El alférez subió al terraplén del ferrocarril y ordenó á su gente que marchara al sitio donde estaba el coronel Kashuba con la bicicleta. El combate de caballería había terminado; un escuadrón del regimiento japonés número 13, había cesado de existir.

»Mientras se desarrollaban los sucesos descritos, los dragones, de colina en colina, estrechaban de cerca al enemigo, que por fin se retiró á la altura principal ocupada por su infantería. En este lugar el terreno, muy quebrado, no permitía cargar, por lo que los dragones desmontaron y desplegaron en guerrilla.

»Cuando, después de su brillante carga, la sotnia comenzó á replegarse ante nuevos escuadrones japoneses que se aproximaban con rapidez, los dragones, desde las cumbres, rompieron el fuego por descargas. Al mismo tiempo, en el ala derecha la sotnia de guarda-fronteras y el grupo franco de un regimiento de tiradores, acudieron en apoyo de los cosacos y obligaron al enemigo á retroceder.

»La caballería japonesa se batió en retirada, bajo la protección de su infantería.

»La cúspide de la montaña principal ocupada por los japoneses estaba cubierta de soldados, cuyo número iba en aumento; poco á poco empezaron á descender hacia nosotros.

»Subitamente, un sordo estampido dominó el ruido de la fusilería: era nuestra artillería que entraba en acción.



SITIO DE PORT-ARTHUR: EXPLOSIÓN DE UNA FOGATA

Cuadro del notable pintor D. Emilio Morata

»Algunos segundos más tarde, una blanca nubecilla apareció sobre la montaña ocupada por los japoneses, y resonó el estrépito de la explosión de un shrapnel... El tiro había sido demasiado largo. Toda la línea de tiradores que coronaban la cumbre se agitó y desapareció. Algunas columnas en orden profundo descendieron por la ladera... Resonó un segundo cañonazo... era demasiado corto. Al cabo, un tercer shrapnel estalló en medio de la infantería: nuestra artillería había corregido el tiro.

»El general Samsonoff, á caballo, á la derecha y un poco á retaguardia de los cañones, seguía con atención la marcha del combate. Con la mayor tranquilidad daba órdenes á los oficiales y ordenanzas que á cada momento llegaban al galope. Cada vez que un proyectil daba en el blanco, el general felicitaba á los artilleros. Cerca de él había un grupo de oficiales.

—»Señores—les dijo el general—hagan ustedes el favor de disolverse, están ustedes atrayendo la atención del enemigo.—El general permaneció en el mismo sitio.

»Al poco rato se dió parte al general de que los japoneses envolvían nuestra ala izquierda; varios escuadrones de dragones recibieron la orden de ocupar las colinas más próximas á nuestra izquierda, con lo cual fracasó el plan del enemigo. También nuestra artillería contribuyó mucho á este resultado.

»El cañoneo se hizo más intenso. Blancas nubecillas, que se desvanecían pronto en la atmósfera, aparecían casi sin interrupción sobre la falda de la montaña en que se reunía la infantería adversaria. El ruido de la fusilería enemiga cesó y se oyó distintamente el martilleo de las ametralladoras. Entonces, uno tras otro, dos de nuestros shrapnels estallaron encima de la batería de ametralladoras, que interrumpieron inmediatamente el fuego; los sirvientes de una de ellas quedaron todos fuera de combate, y, con el auxilio de los gemelos, vimos á los heridos arrastrarse en busca de refugio. Las ametralladoras cambiaron de sitio, y se acercaron al desfiladero del ferrocarril, desde donde rompieron un fuego poco nutrido; no tardaron en enmudecer completamente.

»Las pérdidas importantes sufridas por la infantería japonesa, y la destrucción de un escuadrón, quitaron al enemigo todo deseo de atacar. Su infantería retrocedió y ocupó una buena posición; cesó el fuego de fusilería; nuestra batería guardó también silencio.»

ESCENAS DE LA BATALLA

DE LIAO-YANG

En el cuaderno 20 de LA GUERRA hemos publicado el relato de alguno de los episo-

dios de la batalla de Liao-Yang, vistos desde el campo japonés; hoy insertamos parte de la relación de M. Koslovsky, que como individuo de la Cruz Roja rusa presencié los combates del 1.º de Septiembre, al N. del Tai-tsé, librados entre los moscovitas y el Ejército japonés mandado por el general Kuroki.

»Estuve en las líneas de fuego casi todo el día (1.º de Septiembre) y fui testigo de los repetidos ataques del enemigo. Los japoneses avanzaron al principio en espesas líneas, y sólo por la tarde adoptaron una formación más dispersa. En la mayor parte de los casos, el tremendo fuego de nuestra fusilería y los shrapnels contenían el ataque apenas iniciado, pero varias veces ví distintamente á los oficiales japoneses haciendo ademanes para que se retirasen sus soldados.

»Pero á poco aumentó la violencia del fuego y toda la línea, en una longitud de 10 kilómetros fué barrida por ardientes descargas de plomo. Sólo explotaban la mitad de las granadas, pero las que lo efectuaban producían grandes destrozos, y un estremecimiento recorría las trincheras á cada explosión. La cabeza del capitán Vassilief fué arrancada en redondo por una granada que no hizo explosión, y permaneció, horrible y sangrienta, sobre el suelo, hasta que algunos hombres la cubrieron de tierra. Otra granada cayó en un saliente, hiriendo y matando á cuantos lo ocupaban. En la segunda línea teníamos á siete soldados de la Rusia meridional, oriundos de Alemania, los cuales estuvieron toda la mañana entonando himnos, con gran regocijo de sus camaradas ortodoxos, quienes decían «los *nuemtsi* tienen miedo de ser muertos;» el hecho fué que todos fueron muertos ó heridos antes de la tarde, excepto uno que continuó cantando.

»A la una de la tarde se agotaron nuestras municiones de fusil, y el fuego de las ametralladoras no detuvo ya al enemigo. Como las mieses habían sido segadas, los japoneses avanzaron agachándose y se detuvieron detrás de una ondulación del terreno; después de un tiempo, que nos pareció interminable, se lanzaron adelante en masas profundas. Este ataque estuvo á punto de tener éxito. Con un tremendo empuje

los japoneses se avalanzaron á las alambradas, cayendo los primeros hombres en los pozos de lobo. Nuestros soldados empuñaban febrilmente los fusiles, aunque no sin sobresalto, porque no podían hacer fuego. Por fortuna, los japoneses no llevaban alicates corta-alambres; no obstante, consiguieron abrir brecha en un sitio y como á través de un embudo se precipitaron por allí en una masa compacta, dando descompasadas voces. Entonces las ametralladoras concentraron sus fuegos cruzados, y toda la masa fué barrida como un castillo de naipes.

»Si el enemigo se hubiera echado á tierra y roto el fuego, habrían impedido que llegaran los soldados que nos traían municiones; pero estaban demasiado impacientes y continuaron derramándose por la brecha, adelantando hacia las trincheras. Entonces, como de costumbre, hicieron una descarga á boca de jarro, mientras nuestra gente les cargaba á la bayoneta. La escena fué espantosa y suficiente para que todo el que la presenciara aborreciera la guerra en el resto de su vida. Las caras de nuestros soldados brillaban con sanguinarios destellos diabólicos, y los activos é impasibles rostros de los japoneses parecían igualmente repugnantes.

»Uno de los soldados, un siberiano llamado Alexandroff, saltó como un lobo gritando: «¡No deis cuartel!» Un momento después fué derribado de un balazo, y un japonés, como si hubiera comprendido el grito, le hundió la bayoneta en el cuerpo, rematándolo, pero casi en el mismo instante, un oficial, con su sable, cortó á cercén el brazo de este japonés, y el brazo cayó sobre el cadáver de Alexandroff.

»Varios japoneses saltaron por los alambres, y los pocos cartuchos que nos quedaban fueron empleados en derribar á aquellos enemigos, mientras se esforzaban en arrancar los piquetes. La cara de un oficial japonés destilaba sangre, mas, no obstante, siguió peleando hasta que fué muerto de un tiro de pistola, cayendo entonces con los brazos abiertos sobre la alambrada, como si nadase. Por algún motivo, que no conocemos, los japoneses, uno tras otro, arriesgando sus vidas, trataron de recoger aquel cuerpo, pero todos quedaron tendidos en el campo. El teniente Gribsky, imaginando

que aquel oficial tenía sobre sí algún documento importante, salió de la trinchera con cuatro hombres y trató de retirar el cadáver. Pero cuando los japoneses advirtieron este intento, se adelantaron rompiendo un fuego vivísimo y mataron á bayonetazos á dos de nuestros soldados. El cuerpo permaneció allí durante cuatro horas, sin que nadie osara acercársele. Cuando por fin pudimos conducirlo á nuestras líneas, sólo encontramos en los bolsillos documentos de interés personal y un curioso disco ó medallón de acero, con una inscripción. Supusimos que era un talismán regimental.

»Después del fracaso de este ataque, los japoneses nos cañonearon por espacio de dos horas, causándonos muchas bajas, pero sin conseguir desmontar nuestros cañones, que estaban ocultos. Entonces ejecutaron un nuevo asalto. Sin reparar en que caían á centenares, se reunieron en gran número detrás de la misma ondulación de antes, entraron en la trinchera avanzada matando á los que la defendían, y se acercaron á la obra en que yo me encontraba.

»Nuestras tropas se mantuvieron resueltamente. Los japoneses continuaron entrando por las brechas de la alambrada, y finalmente ocuparon las dos terceras partes de toda la línea. Nuestros soldados situados más al N. dirigieron entonces su fuego de enfilada contra la trinchera, arrojando á los japoneses; algunos permanecieron en ella y fueron muertos al arma blanca por los refuerzos enviados desde las trincheras de más á retaguardia. Cuando el enemigo comenzó á retirarse hubo una espantosa carnicería, porque los japoneses sólo podían pasar por las brechas abiertas en la alambrada, y nosotros concentramos el tiro sobre esos puntos, de modo que nadie salió ileso. En tres minutos, las brechas quedaron cubiertas de muertos y heridos, y los japoneses que aun salían de la trinchera tuvieron que saltar sobre los cadáveres, sin que nadie consiguiera escapar.

»El enemigo volvió á atacar y tuvo que recomenzar su trabajo anterior, porque los montones de muertos y heridos habían obstruido las brechas. Aunque fatigados y hambrientos, nuestros hombres estaban completamente tranquilos y, sufriendo pocas bajas, reían y se chanceaban mientras derramaban la muerte sobre el adversario.

sia
ta-
lo
ón

de
sia
las
al
ón
de
sa-
so-
os;
ón
sus
ic-
ón.
pa-
de
res
s á
ec-
1/2.
de

IA

en
ros
ios
o-
de

lu-
ás
tos
los
te-
as
in-
los
in-
ho
an
u-
ci-
e-

as
m-
un
ne-
ue
er-
t.
e-
os
be
de
on
os